

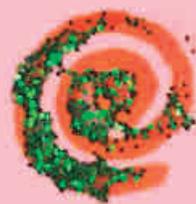
DE

LA VIDA

A LA VIDA

FILOSOFÍAS

SUR DE COLOMBIA



De la vida a la vida: historias del sur de Colombia

Antología narrativa

La Carmelita, 2018

Índice

- 1. La cruz: a la eternidad**
María Carmen Agreda Mavisol
- 2. La canoa: un naufragio por casualidad**
Danilo Muñoz
- 3. El micrófono: la paz es un derecho,
tenemos que exigirlo. ¡Arriba voluntad!**
Yoani Quintero, "Yoqui"
- 4. Del escudo a la rosa: Marquetalia florece
en cultura.**
Andrés Arbeláez
- 5. De cómo nació el amor a las ciencias**
Carla Torres

Este libro fue producido en la biblioteca pública La Carmelita durante el taller de escritura y edición dictado por Fondo Acción y el Instituto Caro y Cuervo el 5, 6 y 7 de junio de 2018

La cruz: A la eternidad

María Carmen Agreda Mavisol

La cruz: A la eternidad

Para mi hermano César

Se dice que todos cargamos la cruz porque compartimos el dolor que padeció nuestro Dios. Pero aparte de pertenecer a un pasado, nos representa cuando morimos cada uno de nosotros.

La cruz me recuerda a cada uno de los familiares que ya no está conmigo, en especial a mi hermano. Esta cruz quedó marcada en la tumba y día a día me recuerda a mi ser querido, aunque no lo tenga en casa.

Hoy voy a contarla historia de mi hermano César, el último de mis cinco hermanos, quien nació en Sibundoy, Putumayo, el día 2 de febrero de 1974, en la vereda de Bellavista. Creció en un ambiente sano, con una familia de muchos valores, como lo son el respeto y la responsabilidad. Nosotros le brindamos mucho apoyo en todos los sentidos. Cuando era niño tenía cariño, comida, vestuario... Todo lo necesario.

Queríamos que estudiara en un colegio militar, pero él no quiso y se quedó en el pueblo. Estudió la primaria en el colegio Champañán y su bachillerato lo hizo en la Normal Superior. Luego se trasladó a Florencia a estudiar la universidad. Después de terminar sus estudios, regresó al hogar donde vivió su niñez. Allí continuó ayudando a sus padres adoptivos por un tiempo.

Pasando los años salió de Sibundoy a trabajar en agricultura. Él quería estar al lado mío. Él siempre soñó con ayudar a mis hijos económicamente, pero no tuvo la oportunidad. El último pueblo donde estuvo fue Curillo, Caquetá.

Se encontraba en una finca trabajando. Un día la familia adoptiva lo llamó para que tramitara unos papeles en Mocoa: la idea era que trabajara como docente. César se demoró ocho días haciendo esos papeles. Eso fue un gran error que no tuvo arreglo.

Él llegó el día viernes de Mocoa y el día domingo se fue para la finca donde trabajaba. Uno de mis hijos, cuando estaba saliendo, le decía: "¡Tío, tío, llévame!". Él le dijo: "No, no. Yo vengo el jueves", y así se despidió. Yo quise abrazarlo y decirle que no se fuera, pero no lo hice. Se fue y no le dije nada. Y ya no regresó a casa. Nunca más porque el día jueves 2 de octubre de 2003 salió a jugar fútbol a las cinco de la tarde. A las seis de la tarde, al terminar el partido, unos hombres de la guerrilla lo abordaron. Se lo llevaron a un rumbo desconocido.

Al día siguiente, la noticia llegó al caserío, que se llama La Pradera. Allí se reunieron amigos de César y salieron a buscarlo. Como no lo encontraron, un conocido de la vereda les dijo: "No lo busquen porque no lo van a encontrar".

Al otro día se reunieron los de la Junta para salir a buscarlo. Pero apareció un señor de una finca, quien les dijo que había encontrado un cadáver en la finca de él, al pie de un árbol donde las vacas lamen sal.

Hicieron el levantamiento y la gente comentaba que no creían que fuera César al que habían matado. Hasta que alguien dijo: "Sí, es él". Lo encontraron un sábado a las once de la mañana. Un señor canoero me llevó la noticia a la casa donde yo trabajaba. Cuando yo recibí la noticia, venía de comprar la comida para hacer los alimentos. Yo venía contenta, pero cuando vi al señor Claudio, que era el que me llevaba siempre las razones de mi hermano, yo le vi algo raro en la cara. Yo me acerqué y le pregunté: "Don Claudio, ¿qué le pasó a mi hermano?". Él se quedó mirando fijamente y al instante pensé: "Algo malo le ocurrió a César". Se miró con la presidenta de la Junta, le preguntó si me decían o no. Entonces yo abracé a don Claudio y le pregunté: "¿Mataron a mi hermano?", y él me contestó: "Sí, se llevaron a su hermano". Me dijo: "Vamos, vamos a recogerlo".

Al instante lo seguí, nos fuimos en la canoa. Llegamos a la pradera y estaba mi hermano envuelto en un plástico negro. Como la gente me distinguía, salió a ayudarme. Sólo pedí que lo echaran a la canoa así como estaba, no quise verlo. Me ayudaron económicamente para el pago de la canoa. Los gastos del sepelio me los ayudó a pagar la señora donde trabajaba.

Lo llevamos a la morgue de Curillo. Como estaba bastante descompuesto, ese mismo día se hicieron todas las vueltas y enseguida fue llevado al cementerio. No lo velamos.

Con la muerte de mi hermano sentí que todo acabó. Aunque no he podido superarlo, esto fue hace 15 años, sigo aquí, adelante, fuerte y luchando por mis hijos. Contestando preguntas acerca de mi hermano: ¿él por qué no está con nosotros?

Es muy duro no haberle dicho cuánto lo quería ni haber compartido muchas cosas. Pero ya está. A mi alrededor tengo a muchas personas más con las cuales debo compartir y decirles cuánto las amo.

Vivo triste pero en pocas ocasiones saben de mi tristeza. La mayor parte del tiempo trabajo y pienso cómo fuera todo si él estuviera. Le he pedido a Dios que me deje soñarlo y que me cuente qué fue lo que pasó, por qué le hicieron eso. Pero no he podido, sigo esperando.

A veces he pensado en visitar a un vidente. No sé si algún día pueda hacerlo.

A los que hicieron esto, les deseo la justicia divina. Acá ya no hubo justicia: ellos siguen por ahí.

La canoa: Un naufragio por casualidad

Danilo Muñoz

La canoa: Un naufragio por casualidad

Durante varios días viví en las laderas del río San Miguel. Mi profesión era chofer marítimo (motorista). Eso para mí era un trabajo fácil porque no requiere muchos esfuerzos para aprender a pilotar una canoa a motor. Pero también era un trabajo de mucho riesgo porque el río no es una vía estable y siempre se está dispuesto al peligro.

Como todos los días, tenía todo calculado: la cantidad de combustible, el tiempo que gastaba haciendo los recorridos... Un día me levanté con el positivismo en la mente. Al momento de llegar a la embarcación, como de rutina hice la revisión preoperacional. Al comenzar el recorrido, eran aproximadamente las nueve de la mañana. Tenía seis ocupantes.

Ese día estaba el clima despejado y el cielo estaba resplandeciente. Se podía gozar de la brisa del río. Íbamos navegando río arriba. Además, contábamos con el hermoso espectáculo que hacían algunos peces cuando saltaban. Ese recorrido duró más o menos una hora. Cuando llegamos a la comunidad a la cual nos dirigíamos, nos recibieron muy bien. Nos brindaron una limonada muy deliciosa. Al culminar el día de trabajo, se nos hizo de noche. Aproximadamente eran las nueve.

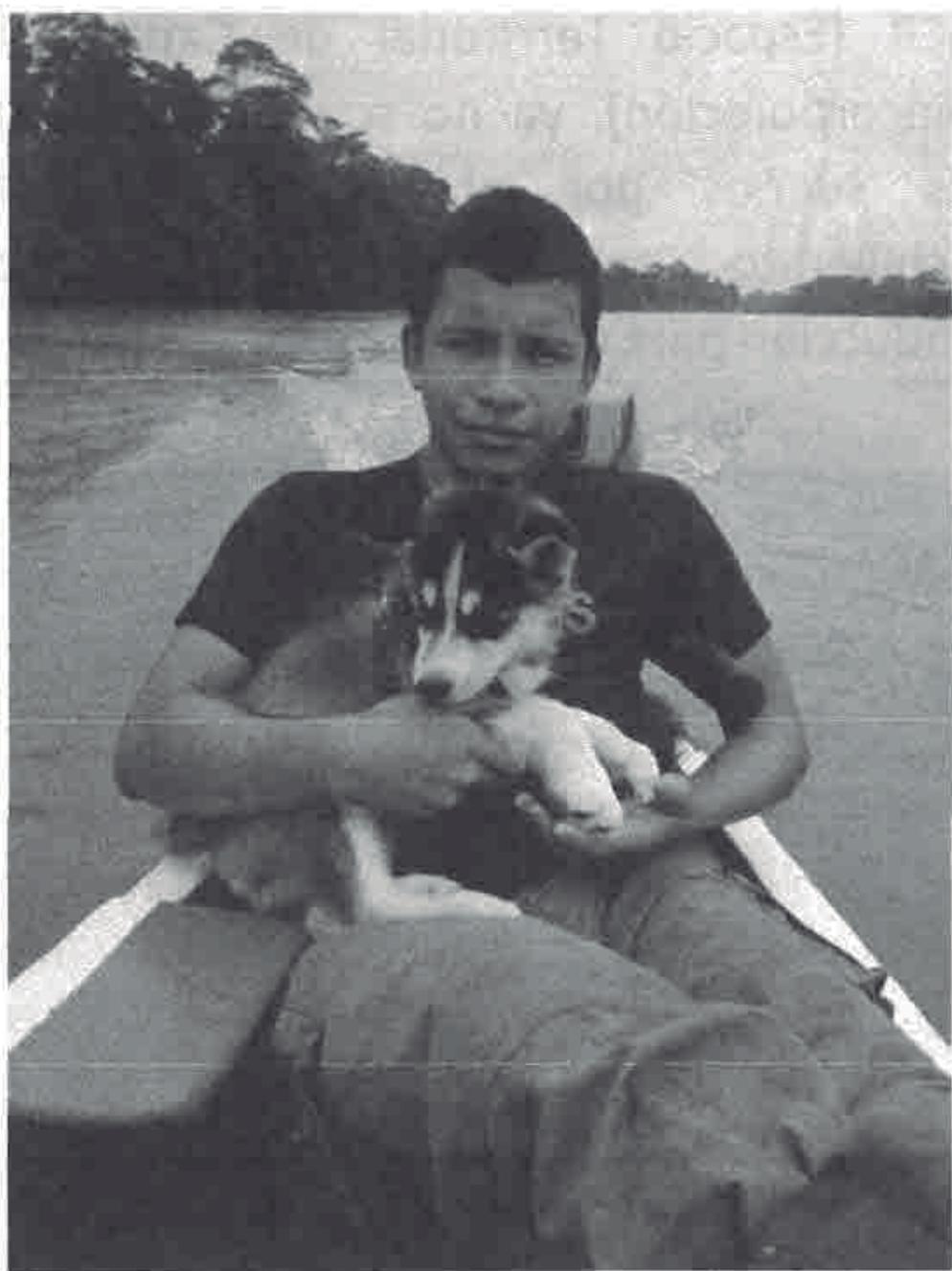
Como el río estaba muy nublado, casi no se veía nada. Y así, comenzamos el regreso a nuestras casas. En el transcurrir de nuestro retorno, nos encontramos con un tronco de un árbol que se había quedado sujetado en la mitad del río en la creciente pasada. En ese momento la canoa golpeó de una manera brusca e inesperada el árbol. Entonces la canoa comenzó a llenarse de agua y el motor se apagó. Luego la canoa se volteó. Quedamos todos nosotros flotando y a la deriva del caudaloso río.

Nuestras pertenencias, las que llevábamos, se ahogaron. Al ver que la canoa estaba flotando, lo que hicimos fue cogernos todos de ella. Así recorrimos aproximadamente unos 600 metros aguas abajo.

Logramos llegar todos a la orilla a salvo. Comenzamos a burlarnos, a reírnos de cómo habíamos reaccionado cada uno. Mi reacción fue agarrarme del auxiliar mientras la canoa flotaba. Hubo otro que se montó en unos asientos de espumilla que nosotros cargábamos, él se fue flotando así.

Desde ese momento me di cuenta que la vida tiene muchos obstáculos y que la mejor manera de enfrentarlos es teniendo toda la calma y el positivismo en mente. Continué conduciendo con más cuidado y no en la noche.

Un año después me encuentro viviendo en el ETCR (Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación), ya no soy conductor fluvial. Mis sueños por ahora son terminar el Bachillerato y terminar de sacar la licencia de conducción para carro y moto.



**El micrófono: La paz es
un derecho, tenemos
que exigirlo.**

¡Arriba voluntad!

Yoanni Quintero, "Yoqui"

El micrófono: La paz es un derecho, tenemos que exigirlo ¡Arriba voluntad!

Empiezo mi historia con ese verso de Horacio Guarani. Año de 1996. Me gustaba ver cómo animaban eventos. Al finalizar mi bachillerato, me asocié con un señor que se llama Urbino Errada, popularmente conocido como Bombino. Compramos un equipo en compañía para trabajar: unas cabinas grandes marca Pibe, consola, potencia...

Conocí la Fundación Cultural Rayuela en 1998. Ahí estudié producción sonora y animación sociocultural. Luego me puse a trabajar con ellos en el Censo Artístico y Cultural de Soacha, Cundinamarca. Por ese tiempo me entró la curiosidad por saber de mi padre, que nunca vivió con nosotros. Lo busqué dos años hasta que lo vino a encontrar en Cartagena de Chairá, en Caquetá. Él era concejal del municipio, estaba en un evento y yo me le senté al lado. Él trató de conocerme, pero me vio como si yo fuera alguien que ha visto pero no se acuerda. Yo le dije: "Soy tu hijo". Fue un momento muy emotivo.

Luego de ser concejal, él pasa a ser Presidente de las Juntas Comunales del municipio. Allí él lanza un proyecto para una emisora comunitaria. Y es ahí donde yo inicio mis primeros trabajos radiales. En esa emisora trabajé aproximadamente un año. Realicé unos ahorros y le compré el resto del sonido al señor Urbino. Ya me quedé yo con el sonido, todavía lo tengo. Desde ese entonces, el sonido siempre me ha acompañado, adonde quiera que voy.

En el año 2002, se me presentó la oportunidad de estudiar Artes Escénicas en Venezuela. Luego de vivir dos años en Venezuela, retorné a mi país debido a la crisis económica que se presentó en Venezuela: las multinacionales habían cerrado todo el comercio. Allí es donde Hugo Chávez crea los mercados populares y varias de sus misiones, como la misión Robinson, que era una misión educativa para mayores de edad.



Llegando nuevamente a mi municipio, Soacha, Cundinamarca, nos integramos con algunos jóvenes para poder participar en el Festival Mundial de Juventud y Estudiantes en Venezuela. Eso fue en el 2005. Allí, en Venezuela, me encuentro con un compañero que me hace la propuesta de venir a trabajar en la frontera con Ecuador, al otro extremo, con un grupo juvenil que creamos, ya en el departamento de Putumayo. Ese grupo se llamaba Vida Amazónica.

Estando en el territorio del Putumayo se crean las organizaciones sociales, las cuales se unifican para poder exigir al Gobierno Nacional propuestas en desarrollo de las comunidades. Fue un trabajo duro, organizativo, pero enriquecedor. Después de eso se me presenta la oportunidad de trabajar con la Alcaldía de Leguízamo como profesor de artes escénicas. Había falencias organizativas en el área comunal, entonces me responsabilizaron de las oficinas de desarrollo comunitario. Allá trabajé hasta enero del año anterior.

Ahora vivo en el ETCR (Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación). Apoyo la Comisión de Comunicaciones y soy responsable de la comisión de Educación. Dentro de los objetivos primordiales de esta comisión está que todos los ex combatientes que en su momento estuvieron sumergidos dentro del conflicto puedan capacitarse, formarse política, social y culturalmente para poder reencontrarse con la sociedad y reincorporarse a una vida digna.



Siempre hemos sido y seguiremos siendo
aportadores al proceso de paz, gestores de las
buenas prácticas de solidaridad, convivencia y del
arte.



Un escudo, una rosa: Marquetalia renace en cultura



Andrés Arbeláez

Un escudo, una rosa: Marquetalia renace en cultura

Mi nombre es Andrés Arbeláez, vivía en la bota caucana. Allá me toca ir a estudiar a dos horas de camino. Las FFAA y las Farc se mantenían en confrontación. Algunas veces, yendo a la escuela, yo veía enfrentamientos entre las dos partes. Yo vivía con un tío llamado Javier y una señora llamada Gloria, la mujer de él. Nuestro único pan-coger era la coca. Después nos fumigaron los cultivos con glifosfato, con eso mataron también la yuca, el plátano, el maíz y algunos semovientes. Después de todas esas dificultades fuimos desplazados por el conflicto. Nos desplazamos hacia el Caquetá, al municipio de San Vicente del Caguán. Allá llegamos sin dinero y buscamos el medio de trabajar vendiendo tamales y arepas. De esa manera nos tocó rebuscarnos la comida.

Luego volví a la finca a trabajar la tierra. No había ayudas por parte del Gobierno. Cuando uno pedía ayudas, la respuesta era la opresión: nos radicaban la coca, nos fumigaban, la confrontación a diario para uno ir a estudiar, arriesgándose uno a que le llegara un balazo. Golpeaban a los campesinos porque decían que trabajaban con las Farc. Ya mirando todas esas dificultades tomé la decisión de ingresar a las Farc, ya que había escuchado que era un movimiento que defendía al pueblo colombiano y los derechos humanos de los mismos. Cuando ingresé comencé a tener entrenamientos militares y políticos, y a tener capacitaciones de por qué existían las Farc. Me comencé a dar cuenta de que lo que me había pasado ya estaba pasando mucho tiempo atrás y que el único medio era empuñar las armas. El entrenamiento que nos daban era adecuado porque es una lucha prolongada, que es a la defensiva y ofensiva, porque no sólo estábamos enfrentados al Estado colombiano sino al Estado estadounidense.

También recibíamos muchas pedagogías políticas para saber del país, cómo funcionaba, para conocer sus ramas judiciales, por qué nació las Farc y cuál es su plan estratégico. Durante esos días llegué a tener enfrentamientos y bombardeos. En un bombardeo al principio uno siente nervios, pero uno también se llena de mucho valor, de mucha dignidad. Uno se vuelve valeroso de uno y de los demás. Uno toma la decisión: "Es ahora o nunca", para poder salir del bombardeo o del combate. La vida en las Farc es muy dura porque le toca a uno trabajar, aguantar hambre, mantenerse mojado, cocinar todos por igual... Lo preparan a uno para tener una vida integral. En las Farc también se manejaba la cultura, tanto en la danza, el teatro, la música, composición de música, lenguaje, etcétera. Después de un tiempo comencé a desempeñar el papel como artista, ya volviéndome un bailarín, y empecé a hacer teatro, componer música y tocar instrumentos como la caja y güira.

En la vida cotidiana con las Farc íbamos a trabajar haciendo nuestras caletas, nuestras aulas para estudiar, nuestro patio de formación, nuestras mismas trincheras, haciendo los huecos de la basura, haciendo las letrinas para ir a chontear (esa es una palabra fariana). Cada uno prestaba seguridad, también se daban trotes militares durante el día, calistenias, prácticas de tiro y todo lo relacionado con la vida militar. Manteníamos una vigilancia revolucionaria a diario, tanto interna como externa. Los artistas que había en el día se desempeñaban sólo en el arte, a elaborar obras de teatro y a hacer coreografías de danza. Los músicos se dedicaban a hacer su música, a componer; los otros a tocar instrumentos. El proceso de paz ha sido una decisión que tomamos de riesgo porque estudiamos los procesos anteriores que ha habido y siempre el Gobierno ha traicionado. Pero esta vez asumimos el riesgo de que juntos con el pueblo colombiano podemos construir la paz. Por una Colombia Nueva.

Hasta que nos llegó la información que se había acordado en La Habana de partir a unos puntos transitorios para la reincorporación y nos comenzamos a desplazar hacia ese punto. Nos han dicho que las zonas donde íbamos a llegar ya estaban construidas, pero eso no fue verdad: ahí empezó el primer incumplimiento del Gobierno. Nos tocaba trabajar de día y hasta tarde en la noche para construir nuestras propias casas, casas de super boa. A construir nuestro propio pueblito. De esa manera logramos tener nuestra propia instalación en el punto transitorio. Es muy difícil que el Gobierno cumpla. Todo lo que hicimos ha sido por sacrificio de nosotros, con la ayuda de las comunidades aledañas. También comenzamos a crear nuestro propio grupo cultural, éramos más de 60 artistas. Todos salimos a una gira a Neiva, en el año 2017, en junio, para el Festival de San Pedro. Ahí participamos en las comparsas locales, nacionales e internacionales.

Esta manera de arte, eso se hace con el fin de crear paz y de mostrar lo contrario de lo que dicen los medios de comunicación, de lo malo que hablan de las Farc. El sueño mío es ser un bailarín y actor profesional, trabajar de la mano con las comunidades, colegios, enseñando la cultura que hemos perdido para poder construir paz.

Siento que el Gobierno ha esperado que nosotros dejemos las armas para no seguir cumpliendo las cosas, para que nosotros nos fraccionemos, nos independicemos los unos de los otros, para que dejemos el principio de la colectividad y hacer poder desunirnos. Que el Gobierno cumpla lo acordado en La Habana. Nosotros no estamos mendigando nada al Gobierno. Este fue un acuerdo al que llegaron dos partes iguales, nadie se arrodilló ante otro.

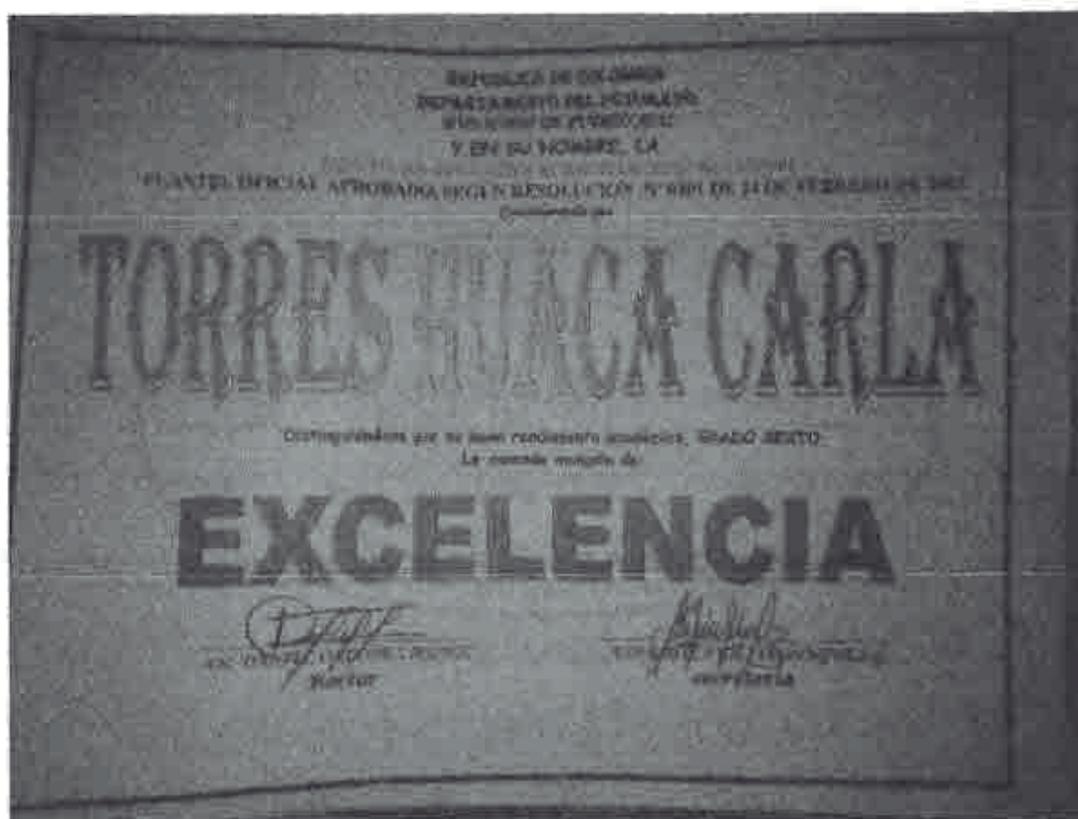
De cómo nació el amor a las ciencias

Carla Torres

De cómo nació el amor a las ciencias

Mi nombre es Carla Torres Huaca y nací en 1994 en Puerto Asís. He vivido en muchas veredas, pero donde inicia esta historia es en la vereda La Unión, donde viví con mi familia donde estudié el primer grado hasta el grado quinto. Como allá no había colegio, mi mamá decidió mandarnos al Colegio Ecológico El Cuembí. Pero como no había posibilidad para uno transportarse todos los días, mi madre nos internó a mi hermana Ingrid, mi hermano Deimar y yo.

En ese colegio fue que me gustó la biología porque se hablaba de la naturaleza, de los animales silvestres y de los animales domésticos. En ese momento me di cuenta que para mí era buena la biología, y al final del año me gané el reconocimiento más alto del salón que era el diploma de excelencia.





En este colegio solamente pudimos estudiar un año porque mi familia vivía de cultivos de coca y llegó la erradicación del ejército y nos arrancaron todas las plantas. Fue entonces como perdimos el apoyo para seguir estudiando.

Esto ocurrió más o menos en el año 2006. Después de algunos años nos fuimos a vivir a Mocoa y allá pude seguir estudiando. Trabajaba toda la semana y estudiaba todos los sábados de seis de la mañana a seis de la tarde en el Colegio Fray Plácido durante un año. Al siguiente año volví al Colegio Ecológico El Cuembí para cursar octavo y noveno en la jornada del sábado, y gracias a Dios y a mis esfuerzos gané el año, y de nuevo me gané el diploma de honor.



Ahora me encuentro estudiando décimo y once, y estoy muy orgullosa de seguir estudiando. En décimo nos enseñan la química, y me ha parecido muy interesante porque hacemos experimentos y se habla de la tabla periódica. Al terminar, voy a hacer un curso del SENA de sistemas y todos los que se puedan hacer.

